

Hasta que llegó el crepúsculo no despertó Gregorio de aquel profundo sueño, parecido más bien a un desmayo. No habría demorado mucho en despertarse por sí mismo, porque se sentía muy descansado; pero le despertó la sensación de oír el rumor de pasos misteriosos y el ruido de la puerta del recibidor, que era cerrada con sigilo. El alumbrado eléctrico de la calle lanzaba un pálido resplandor aquí y allá en el techo de su cuarto y en la parte alta de los muebles; pero abajo, donde Gregorio estaba, sólo había oscuridad. Lentamente y con cierta torpeza, tanteando con sus tentáculos cuyo valor comenzaba a apreciar, se llegó hasta la puerta para ver qué es lo que había pasado allí. Su lado izquierdo era sólo una prolongada y repelente llaga. Cojeaba al andar sobre cada una de su doble hilera de patas. Una de éstas, que resultara herida en el accidente de la mañana —imilagrosamente las otras no sufrieron daño!— era arrastrada ya sin vida.

Al acercarse a la puerta, se dio cuenta que lo que le hizo ir allá era el olor de comida. Encontró un tazón lleno de leche fresca, en el que flotaban pedacitos de pan blanco. Casi rompe a reír de alegría, pues ahora tenía más hambre todavía que por la mañana. Inmediatamente metió la cabeza en la leche, casi hasta los ojos, pero rápido la sacó de allí, muy desilusionado, pues no sólo le molestaba el dolor de su costado izquierdo, que apenas le permitía comer —y para hacerlo, tenía que mover todo el cuerpo—, sino que además, la leche no le gustó en lo más mínimo, y eso que fue siempre su bebida preferida; por lo que sabiéndolo tal vez se la había dejado allí su hermana. Se separó casi con asco del tazón, y se fue arrastrando nuevamente hacia el medio del cuarto.

A través de la rendija de la puerta vio que el gas estaba prendido en el vestíbulo. Mas al revés de lo que acontecía

de costumbre, no se escuchaba leer al padre en voz alta a su madre —y en ocasiones a su hermana también— el periódico de la noche; no se oía ningún ruido. Bueno, quizá esa costumbre que siempre le comentaba su hermana en conversaciones y en cartas, ya no la practicaban. Pero a su alrededor todo era silencio, a pesar de que, con certeza, en la casa había gente. —¡Qué apacible vida parece vivir mi familia! —se dijo Gregorio. Y mientras sus miradas se dirigían a la penumbra, se sintió orgulloso de haber logrado proporcionar a sus padres y hermana tan tranquila existencia, en un apartamento tan bonito. Pero, ¿y si aquella tranquilidad, aquel bienestar y aquella alegría hallaban su fin en el horror? Para evitar perderse en esos pensamientos, se acogió al movimiento físico y empezó a arrastrarse de un lado a otro por el cuarto.

Durante la noche se entreabrió una vez una de las hojas de la puerta, y se cerró rápidamente; más tarde sucedió igual con la otra; aparentemente alguien quiso entrar y luego lo pensó mejor. En vista de lo cual, Gregorio se apostó junto a la puerta que daba a la estancia, con la intención de decidir a entrar al indeciso visitante, o al menos ver de quién se trataba. Pero no se volvió a abrir la puerta y esperó inútilmente. En la mañana temprano, cuando las puertas estaban cerradas, todos ellos habían querido entrar, y ahora que él había abierto una puerta, y la otra aparentemente fue abierta durante el día, nadie entraba, y eso que las llaves estaban por fuera, colocadas en las cerraduras.

Muy tarde en la noche, se apagó la luz del recibidor. Gregorio dedujo que sus padres y su hermana estuvieron despiertos hasta entonces, porque pudo oír claramente los pasos de los tres alejándose de puntillas. Con seguridad que hasta el otro día en la mañana nadie entraría a verlo. Gregorio tendría suficiente tiempo para meditar, sin miedo a ser molestado, sobre cómo ordenaría su vida en el futuro. Pero ese cuarto tan frío y alto de techo, donde tenía que estar de bruces en el suelo, lo amedrentó sin saber el porqué, ya que era su habitación desde hacía cinco años. Con un movimiento inconsciente, y no sin una ligera sensación de vergüenza, se metió debajo del sofá, en donde a pesar de encontrarse un poco apretado y no poder alzar la cabeza, se sintió de pronto muy a gusto, lamentando sólo no poderse meter allí por com-



pleto debido a su enorme corpulencia.

Allí estuvo toda la noche, parte en dormevela, de la que le despertaba sobresaltado el hambre, y parte, también lleno de preocupaciones y esperanzas confusas, que siempre concluían en la necesidad, de momento, de conservar la calma y tener paciencia, y de hacer lo imposible, al mismo tiempo, para que su familia pudiera soportar todas las molestias que en su estado actual tendría que ocasionar.

Muy temprano, casi al amanecer, tuvo Gregorio ocasión de comprobar lo importante de sus recientes resoluciones. Su hermana, ya casi arreglada, abrió la puerta que daba al recibimiento y atisbó al interior. De momento no lo vio; pero luego, al encontrarlo debajo del sofá —en alguna parte había de estar, no iba a haber volado!. ¿verdad?— se asustó de tal modo que, sin lograr dominarse, cerró nuevamente la puerta. Pero sin duda que luego se arrepintió de su conducta, porque volvió a abrir de inmediato y entró de puntillas, tal como si estuviera de visita en la habitación de un enfermo grave o en la de un desconocido. Gregorio, que casi sacó la cabeza de debajo del sofá, la observaba. ¿Advertiría que no había probado la leche y, entendiéndolo que no sería por falta de hambre, le traería de comer otra cosa más de su gusto? Pero si ella no lo hacía espontáneamente, él preferiría morirse de hambre antes de llamarle la atención sobre el particular, a pesar de tener inmensos deseos de salir de debajo del sofá, arrojarse a sus pies e implorarle le trajese algo de comer. Pero la hermana notó al momento, con sorpresa, que el tazón estaba todavía lleno, y que sólo se había caído un poco de leche afuera. La recogió de inmediato, claro que no con la simple mano, sino valiéndose de un trapo, y se la llevó. Gregorio sentía una gran curiosidad por ver lo que le traería a cambio, y sobre ello hizo varias conjeturas. Pero, jamás hubiera supuesto lo que la bondad de la hermana le reservaba. Para ver lo que era de su gusto, le trajo una variedad completa de alimentos que extendió sobre un periódico viejo. Allí había vegetales pasados, medio podridos: huesos de la cena de la noche anterior, con salsa blanca, que se había cuajado; pasas y almendras; un trozo de queso que, dos días antes, Gregorio había encontrado ya incomible; un panecillo duro; otro, untado con mantequilla, y otro con mantequilla y sal. Junto a todo esto le puso de nuevo el tazón, que aparentemente quedaba destina-

do para el exclusivo uso de Gregorio, pero que ahora lo llenó ella de agua. Y por delicadeza —sabiendo que Gregorio no comería estando ella presente— se fue lo más rápido que pudo e incluso dio vuelta a la llave, para que Gregorio comprendiese que podía ponerse tan cómodo como gustara. Al dirigirse Gregorio a comer, todas sus patas zumbaron. Además las heridas seguramente habían sanado totalmente, ya que no le molestaban; lo cual le sorprendió, pues recordó que hacía más de un mes se había herido con un cuchillo en un dedo y hasta dos días antes todavía le dolía mucho. —¿Acaso tendré yo ahora menos sensibilidad que antes? —se dijo, mientras comenzaba a chupar con glotonería el queso, que fue lo primero y que con más fuerza le atrajo. Velozmente, con los ojos húmedos de lágrimas de alegría, devoró en primer lugar el queso, luego los vegetales y la salsa. Por otro lado, los alimentos frescos no le agradaban, no soportaba su olor, hasta el extremo de arrastrar lejos las cosas que deseaba comerse.

Hacia ya rato que había terminado. Se encontraba perezosamente echado en el mismo lugar, cuando su hermana comenzó a girar la llave con lentitud, sin duda para darle aviso de que debía retirarse. Aunque estaba adormilado, Gregorio se levantó y corrió a ocultarse de nuevo debajo del sofá. Pero estar allí, aunque fuera mientras la hermana estuvo en el cuarto, le costó ahora un esfuerzo enorme de voluntad; porque debido a la abundante comida ingerida, su cuerpo había aumentado un poco de volumen y apenas podía respirar en ese espacio tan reducido. Con un ligero ahogo observaba, con los ojos un tanto desorbitados, a su hermana, totalmente ajena a lo que le ocurría, barrer con una escoba, no sólo los restos de la comida sino también los alimentos que Gregorio ni había siquiera tocado, como si éstos ya no pudiesen ser de provecho para nadie. Además vio, cómo apresuradamente tiraba todo en un cubo que cerró con una tapa de madera, llevándose. En cuanto se marchó su hermana, Gregorio salió de debajo del sofá, se estiró y respiró.

De este modo recibió Gregorio a diario su comida; una vez por la mañana, temprano, mientras dormían los padres y la criada, y otra, después del almuerzo, en tanto los padres se echaban un rato la siesta y la criada salía a uno que otro recado, a que la mandaba la hermana. Naturalmente que



ellos tampoco deseaban que Gregorio se muriese de hambre; pero quizá no hubieran logrado soportar la escena de sus comidas, y era mejor conocerla de oídas por las referencias de la hermana. Probablemente también quería ésta evitarles una pena más, aparte de las que estaban sufriendo.

A Gregorio le fue imposible saber con qué pretextos habían despedido aquella mañana al médico y al cerrajero. Como no podía hacerse comprender de nadie, a nadie se le ocurrió, ni siquiera a la hermana, que él pudiese entender lo que ellos le decían. De modo que hubo de conformarse, cuando la hermana entraba a su cuarto, con oír la gemir, y en ocasiones escuchar sus invocaciones a todos los santos. Tiempo después, cuando ella se hizo un poco a la idea de este nuevo estado de cosas —aunque, como es lógico, nunca llegaría a acostumbrarse por completo—, pudo Gregorio notar en ella algún ademán amable, o, al menos, algo que así podía interpretarse. —Hoy si le gustó la comida —comentaba cuando Gregorio había comido opíparamente; mientras que en el caso contrario, lo que gradualmente pasaba más y más a menudo, acostumbraba a decir tristemente: —¡Caray!, tampoco hoy ha tocado los alimentos.

Pero, a pesar de que Gregorio no podía indagar directamente ninguna nueva, puso atención a lo que ocurría en las habitaciones vecinas, y apenas sentía voces corría hacia la puerta que daba al lado de donde provenían y pegaba todo su cuerpo a ella. Sobre todo en los primeros tiempos, todas las conversaciones eran sobre él, aunque fuera indirectamente. Durante dos días, en todas las comidas hubo discusiones en la familia referentes a la conducta que correspondería observar en el futuro. Pero además, fuera de esas horas se conversaba del mismo tema, ya que como ningún miembro de la familia quería quedarse solo en casa —y ni que pensar en salir todos y dejarla abandonada—, siempre había allí por lo menos dos personas para charlar. Ya el primer día, la criada, que aún no se sabía a ciencia cierta en qué medida era concedora de lo acaecido, había pedido de rodillas a la madre que la echara inmediatamente, y al partir, un cuarto de hora después, lo agradeció con lágrimas en los ojos, como si hubiera recibido el mayor de los favores, y sin que nadie se lo sugiriera, se comprometió con juramentos solemnes a no contar a nadie ni una sola palabra de lo sucedido.

La hermana tuvo que ayudar en la cocina a su madre, lo que realmente no significaba gran trabajo, ya que apenas si comían. Gregorio los escuchaba a cada instante incitándose en vano unos a otros para comer, y se respondían invariablemente con un "gracias, tengo lo suficiente", u otra frase parecida. Tampoco bebían gran cosa. A menudo preguntaba la hermana al padre si deseaba cerveza, ofreciéndose bondadosamente a ir ella misma a buscarla, y cuando guardaba silencio el padre, ella sugería pedir al portero que fuera a conseguirla, si es que no quería que ella se molestara; mas el padre contestaba por fin con un "no" rotundo y no se hablaba más del asunto.

Ya el primer día explicó el padre a la madre y a la hermana la real situación económica de la familia y las perspectivas que se presentaban. A veces se incorporaba de la mesa para buscar en su pequeña caja de caudales —librada de la quiebra de sus negocios cinco años antes— algún documento o libro de apuntes. Se podía oír cuando abría la complicada cerradura, y el crujir de los papeles que sacaban, y luego, de nuevo, el ruido cuando cerraba. Estas explicaciones dadas por su padre, fueron la primera noticia agradable que escuchó Gregorio desde su encierro. Siempre había pensado que su padre no pudo salvar ni un centavo de su fallido negocio. El viejo nunca le dijo nada que le dejara entrever lo contrario, y por otra parte, a él no se le ocurrió hacerle ninguna pregunta directa sobre el particular. En aquellos días, Gregorio solamente se había preocupado en ayudar a la familia a su perar, lo más pronto posible, la quiebra que les hundió el negocio y les sumiera a todos en la más terrible desesperación. Eso lo había impulsado a trabajar con tal tesón, que no tardó en pasar de ser simple dependiente, a la categoría de todo un señor viajante de comercio, con muchas mayores posibilidades de obtener dinero, y cuyos éxitos en el trabajo se palpaban inmediatamente bajo la forma de continuas comisiones en efectivo, puestas sobre la mesa familiar ante el asombro y el contento de su feliz familia. Aquellos fueron tiempos hermosos en verdad. Pero no se habían repetido, por lo menos con igual brillantez, pues aunque Gregorio logró después ganar lo suficiente para mantener por sí solo la casa, la costumbre, tanto en la familia, que recibía agradecida el dinero de Gregorio, como en éste, que lo entregaba con gusto, hizo que las muestras de sorpresa y alegría no volviesen a reproducirse



con el mismo sentimiento de entusiasmo. Sólo la hermana -- siempre estuvo muy unida a Gregorio, y como, al revés de éste, era muy aficionada a la música y tocaba el violín con gran talento, Gregorio alimentaba la secreta ilusión de poderla enviar, para el año próximo, al Conservatorio, sin importarle los gastos que esto le acarrearía seguramente y de los cuales ya se resarciría de algún modo. Durante las cortas estancias de Gregorio en casa junto a la familia, a menudo, en las charlas con la hermana, se hablaba del Conservatorio, pero siempre como un sueño irrealizable, como de una simple ilusión en la que no cabía pensar se hiciera realidad. A los padres, esta clase de proyectos no les agradaba mucho; mas Gregorio pensaba muy en serio en ellos, y tenía resuelto comunicar solemnemente su decisión el día de Navidad.

Todos estos propósitos, dado su estado actual resultaban totalmente inútiles ya; se morían en su mente, mientras él, pegado a la puerta, oía lo que se hablaba al lado. Alguna que otra vez la fatiga le impedía poner atención, y dejaba caer con cansancio la cabeza contra la puerta. Pero, en seguida volvía a levantarla, porque incluso el pequeño ruido que este gesto suyo ocasionaba, era sentido en el cuarto vecino, haciéndoles enmudecer a todos.

—Pero, ¿qué estará haciendo ahora? —comentaba el padre, al poco rato, mirando sin duda hacia su puerta.

Y luego, gradualmente continuaban la interrumpida charla.

En esta forma se enteró Gregorio ahora, con mucha alegría —el padre repetía una y otra vez sus explicaciones: primero porque hacía tiempo que él mismo no se había preocupado de aquellos problemas, y en parte también porque la madre tardaba en comprenderlos— que, a pesar del infortunio, todavía les quedaba de su arruinado negocio algún dinero; es cierto que muy poco, pero que algo se fue incrementando desde entonces debido a los intereses, que no se habían tocado. Por otro lado, el dinero que entregaba cada mes Gregorio -- él guardaba para sí sólo una pequeña cantidad— no se gastaba por completo, y ahora esos ahorros formaban un pequeño capital. A través de la puerta, Gregorio aprobaba con la cabeza, feliz de tan inesperado ahorro e insospechada previsión.

Es verdad que con este dinero sobrante podría él haber ido liquidando en mayor proporción la deuda que su padre tenía con su jefe, y ver de este modo más próximo el día en que pudiera dejar su trabajo; pero indudablemente resultaba mucho mejor la manera en que su padre había dispuesto las cosas.

Sin embargo, este dinero no era lo suficiente como para permitir a la familia vivir de los intereses que rindiera; y si para vivir iban disponiendo del capital principal, éste no les alcanzaría sino para un año o dos, cuando más. Esto era todo. Se trataba, pues, de un pequeño capital que no convenía tocar, y que había que guardar para un caso de apuro. El dinero para ir viviendo, habría que ganarlo. Pero ocurría -- que el padre, a pesar de gozar de buena salud, ya era viejo y tenía cinco años sin trabajar, y no podía esperarse mucho de él; en estos cinco años, que habían sido los primeros ociosos de su ardua pero fracasada existencia, había engordado mucho y perdido viveza. ¿Es que debería ganarse la vida la anciana madre, que sufría de asma, que se fatigaba solamente de andar un poco por la casa, y que un día y otro tenía que echarse en el sofá, jadeante la respiración, con toda la ventana abierta? ¿Habría su hermana de ganarse el pan, ella, tan niña, -- con sus diecisiete años, y cuya agradable existencia hasta ahora había consistido en acicalarse, dormir todo lo que deseaba, ayudar en los quehaceres de la casa, participar en alguna que otra modesta diversión y, sobre todo, tocar el violín? Siempre que la conversación tocaba el tema de la necesidad de ganar dinero, Gregorio se alejaba de la puerta y, lleno de pena y de vergüenza, se tiraba sobre el frío sofá de cuero. Casi siempre se pasaba allí toda la noche, sin dormir nada, arañando el cuero durante horas. En ocasiones se tomaba también el tremendo trabajo de empujar una butaca hasta la ventana, y, trepando por el alféizar, se quedaba de pie en la butaca y apoyado en los vidrios, recordando, sin duda, el sentimiento de libertad que en otros tiempos le proporcionaba asomarse a la ventana. Realmente, día a día aun las cosas cercanas se le dibujaban con menos claridad. El hospital de enfrente, cuya vista tantas veces maldijera, ya no lo divisaba; y, de no haber sabido, sin lugar a dudas, que vivía en la calle Carlota, una calle que aun siendo de ciudad era una calle tranquila, hubiera podido pensar que su ventana daba a un desierto desolado, donde el gris del cielo y el gris de la tierra se confundían hasta el punto de no poderse distinguir



uno del otro.

Solamente en dos oportunidades advirtió la hermana, -- siempre vigilante, que la butaca estaba junto a la ventana. Y entonces, al arreglarle su cuarto, acercaba ella misma la butaca. Más todavía, dejaba abiertas las contraventanas.

Si Gregorio hubiera podido al menos charlar con su hermana; si hubiera podido agradecerle todo lo que por él hacía, habría sobrellevado mejor el tener que ocasionarle a ella -- esos trabajos; pero no era así, y se sentía deprimido. Ciertamente la hermana hacía lo imposible por borrar lo desagradable de su tarea y, a medida que pasaba el tiempo, iba lográndolo mejor, como es natural. Mas también a Gregorio, el paso de los días le traían mayor claridad. Ahora, la entrada de la hermana era motivo de angustia para él. En cuanto entraba y sin cuidarse ni de cerrar antes las puertas, como era su costumbre, para ocultar a todos la vista del cuarto, corría apresuradamente hacia la ventana y la abría en seguida, como si temiera asfixiarse; y hasta cuando hacía intenso frío se quedaba allí algún tiempo, respirando profundamente. Esas precipitaciones ruidosas turbaban a Gregorio dos veces al día. Gregorio, aunque sabía que ella le hubiera evitado con agrado -- esas molestias, si hubiera podido permanecer con las ventanas cerradas en la habitación, quedaba tiritando debajo del sofá, mientras duraba la visita.

En una ocasión, luego de un mes de que se produjera la metamorfosis, y cuando por consiguiente no había razón especial para que la hermana se asustara del aspecto de Gregorio, ella entró algo más temprano que lo que acostumbraba y se encontró a éste mirando por la ventana, totalmente inmóvil, en postura tal que parecía un fantasma. No le hubiera extrañado nada a Gregorio que su hermana se abstuviera de entrar, porque no podía abrir inmediatamente la ventana mientras él estuviera allí. Mas, no solamente no pasó, sino que retrocedió, cerrando la puerta; un extraño hubiese pensado que Gregorio la acechaba para morderla. Claro es que Gregorio se escondió en seguida debajo del sofá, pero hubo de aguardar hasta el mediodía antes de que ella regresara, más intranquila que de costumbre. Esto le hizo comprobar cuán repulsiva resultaba todavía su presencia a los ojos de su hermana, que lo iba a seguir siendo, y que ésta habría de hacer un gran esfuerzo de voluntad --

para no partir también corriendo al alcanzar a ver la pequeña parte del cuerpo que asomaba por debajo del sofá. Y a -- fin de ahorrarle esto, trasladó un día sobre sus espaldas -- --trabajo que le costó cuatro horas-- una sábana hasta el sofá, y la colocó de manera que quedara totalmente oculto, de forma que su hermana no le viera aunque se agachara mucho. Si ella hubiera considerado que la sábana era innecesaria, -- ella mismo de seguro la habría retirado del sofá, pues era fácil de entender que para Gregorio este confinamiento no representaba ninguna comodidad. Pero dejó la sábana tal como estaba, e incluso Gregorio, al levantar cuidadosamente con la cabeza una punta de ésta, para ver cómo la hermana tomaba esa nueva providencia, le pareció ver en los ojos de ella -- una mirada de agradecimiento.

Durante los primeros quince días no pudieron sus padres decidirse a entrar a su cuarto. El, a menudo, les oía elogiar los trabajos de la hermana, cuando hasta esa fecha más bien solían regañarla, pues pensaban que era algo así como -- una hija inútil. Pero, frecuentemente, ambos, el padre y la madre aguardaban fuera del cuarto de Gregorio, mientras la hermana le ordenaba; y tan pronto salía tenía que contarles con -- detalle, cómo estaban las cosas en el cuarto, lo que Gregorio había comido, cómo se había conducido esta vez, y si no experimentaba alguna mejoría.

Por otra parte, su madre comenzó relativamente pronto a querer visitarle, pero el padre y la hermana la disuadieron con argumentos que Gregorio escuchó con la mayor atención, y aprobó totalmente. Pero después fue necesario impedirselo -- por la fuerza, y cuando exclamaba: "¡Dejadme pasar a ver a -- Gregorio! ¡Desgraciado hijo mío! ¿No comprendéis que necesito estar con él?" Gregorio pensaba que tal vez conviniera -- que su madre entrase. Aunque no todos los días, pero por lo -- menos una vez a la semana; ella era mucho más comprensiva que la hermana, la cual, a pesar de todo su valor, no dejaba de -- ser, en definitiva, más que una niña, que posiblemente sólo -- por ligereza infantil se había echado encima tan dura carga.

El deseo de Gregorio de ver a su madre no tardó en cumplirse. Durante el día, por consideración a sus padres, no -- quería asomarse a la ventana. Pero poco podía arrastrarse en aquellos dos metros cuadrados de suelo de que disponía. Le re --